

RETORNO A LAS ISLAS EN EL JARDIN

JAVIER CABRERA

La mañana que se decidió la partida no era, ni mucho menos, la más propicia. Se había levantado una ventizca que amenazaba con hacer zozobrar la nave antes de levar anclas. Nubarrones indescifrables se bebían hinchados todo el ámbito de un trago y el mundo se limitaba a aquel cascarón de barco que, solo en mitad de la nada, hacía un viaje hacia nadie sabia donde. Se corrió, rápidamente, por todos los rincones de la nave el rumor de que si se dejaba que el miedo habitara, no ya en las entrañas, tan sólo a flor de piel, jamás abordaríamos aquellas supuestas islas a las que no dirigíamos. El miedo, dicen, es mal consejero, y también, por tanto, peor acompañante, quien con miedo parte hacia insólitos lugares corre el riesgo de quedarse a mitad de viaje. Parece ser que sólo los niños o aquellos que logran su capacidad para maravillarse acaban logrando el fin del viaje. Así que se hizo correr ese rumor por todos los rincones de la nave, después del cónclave esa fue la premisa, esa la contraseña: Sólo aquel que por los ojos de un niño vea logrará la capacidad de maravillarse. Pasado un tiempo observamos como se hacía más propicio el viaje, se abrió el cielo y un azul resplandeciente inundó los correajes, los velámenes, en un instante, un arco iris de luz se encaramó a los mástiles, amainó el viento y el ámbito se envolvió de aire, la mar calmada hizo más lisonjero el viaje, era como un espejo azul por donde, plácida, se deslizaba la nave. Entonces fue cuando el vigía gritó el mensaje: -Atención a proa, un túnel de agua.

Habíamos llegado, lo habíamos logrado, allí comenzaba la maravilla del viaje. Un alborozo sin contención inundó los corazones de todos los que viajaban, se precipitaron todos hacia proa, casi se va de bruces la nave, y agolpados en su extremo festejaron el logro. Entonces ocurrió la maravilla, apenas penetramos en el túnel, su cielo abovedado se hacia cada vez más bajo, al principio pensamos asustados que los mástiles rayarían el agua que nos saldríamos por encima y nos inundaría la bóveda, pero no, según avanzaba la nave túnel adentro reducía su tamaño, la otra boca del túnel se divisaba en el horizonte, aún muy lejos, para cuando saliéramos de el, seguro,

seríamos diminutos. Al cabo, lo supimos, cuando el cielo abovedado llegó a su fin nos encontramos navegando en mitad de la nada, en el vacío mas absoluto, sin que nada nos sustentara, sin firme donde apoyarnos. Entonces aparecieron a lo lejos las increíbles islas de los jardines, unas redondas y escalonadas, otras cuadradas y vegetales, todas hermosas e iluminadas, dispuestas en semicírculos, flotando en el vacío ante nuestras atónitas miradas. Espejeantes y frondosas, transparentes e inombrables. La vegetación más inverosímil poblada sus niveles y el agua, en formas indescifrables era contenida en sus estanques. El alpiste alcanzaba el alto de la cintura, el culantrillo sobrepasaba la estatura de un hombre, y habían verodes que daban una sombra refrescante. Y el agua, transparente, dejaba adivinar en su seno la vida mas insondable. Por ellas el mundo nace hacia una memoria que aún no tiene nombre porque sólo la habita el corazón del agua.

En sus escalinatas los filósofos de todos los tiempos impartían sus enseñanzas, en las torres altas se oían el tintineo del recitar de los poetas más viejos habidos en el mundo, en las explanadas, pintores y escultores a la concurrencia maravillaban, entre las sombras y las frondas la música engalanaba las islas, junto a las fuentes, en los saltos de agua, danzarinas inventaban cada segundo la danza, y tras los arbustos, los mimos, los actores, de la luz y la sombra se burlaban, y en el agua, traslúcida, se reflejaban todas las sonrisas de todos, como de niños, iluminadas. Por ellas el mundo crece hacia un futuro que aún no tiene formas porque sólo lo habita el corazón del agua.

CATALOGO, Exposición Obra Solar. 4 de Marzo 1994